



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCRITORES

ALFONSO PÉREZ NIEVA



Demuestra claramente en cada obra que es novelista de la buena casta; si para prueba mi opinión no basta, con su *Jaque á la Reina* basta y sobra.

SUMARIO

TRAYO: De cada un poco, por Luis Taboada.—Medallas madrileñas, por Mariano de Cavia.—Los vitines de las de Reiz, por Juan Pérez Zúñiga.—Páique, por Cavia.—Epitalamio, por José Jackson Veyan.—El gordo, por Eduardo de Palazio.—Curarse en salud, por Francisco Flores García.—La envidia, por Ricardo J. Catarinen.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRACIAS: Alfonso Pérez Nava.—Actualidades.—Doctores, por Celia.



La crónica de hoy tiene que comenzar con una nota triste.

Mi querido amigo Sinesio ha sufrido la inmensa desgracia de ver morir a su hijo único, precioso niño de seis meses.

Ante el infortunio que aflige a la familia del Director de MADRID COMICO, no encuentro frases que expresen toda la sinceridad de mi sentimiento, de que participa la Redacción entera.

Reciba, pues, el amigo querido esta pública muestra del cariño de todos.

Por lo demás, Madrid continúa tan alegre como de costumbre.

El Carnaval se acerca con sus moros tradicionales, sus estudiantinas abigarradas y sus fregatrices vaporosas, vestidas de esclavas turcas, luciendo la bara de percalina color de rosa, la diadema de hoja de lata y el blondo pelo que cae en ondas hasta la cintura.

En estos días se desenfrenan las pasiones, y hay joven del ramo de sedas que sale a la calle dispuesto a divertirse, sin reparar en gastos ni en pisotones. Después llega a su casa y dice melancólicamente registrándose los bolsillos:

—En broma, en broma, se me han ido ocho reales y dos perros.

—¡Claro!—replica su compañero, que ha tenido la precaución de quedarse en la tienda.—Eres un vicioso, que no te sabes contener. De seguro que has comprado un bizcocho de canela, como todos los domingos.

—Sí, pero fué para convidar a una señorita que es de cerca de mi pueblo y viene aquí a seguir la carrera de peinadora en frto, y a ver si de paso le saca una viudedad a su tía, que está mala del pecho.

—Tú nunca tendrás un céntimo.

—Porque no me gusta quedar mal y quiero darme buena vida. Lo primero que hice fué tomar un café con bollo de tahona, en las Columnas; después compré una cajetilla y dos naranjas y el bollo de canela.

—Anda, manirroto, que aún he de verte por las calles tocando la guitarra.

Es verdad que les cuesta caro; pero ¿sabe usted lo que se divierten los chicos del comercio en estos días?

Los hay que hasta se disfrazan para embromar en el Prado a sus conocimientos.

—¡Hola, Paquita! ¿Cómo estás? No me conoces.

—Tú eres Muzquiz, el de caballería.

—No te digo que sí ni que no.

—A ver, enséñame el calzado.

El joven saca por debajo del dominó dos pies que parecen dos manguitos, y dice en tono de disculpa:

—Debo advertirte que traigo las hotas de diario, porque tengo un sabañón.

—¿Y qué te pones?

—Cebolla asada, muy caliente.

—No hay cosa mejor que la enjundia de gallina con sebo.

—Muchas gracias por la medicina.

—Pero dime quien eres.

—Soy un amigo tuyo, que aún ayer estuvo contigo de conversación.

—Basta, basta; usted es Ciriaco el de *El Agrerán Misterioso*—dice la chica.

Cuando el joven oye el nombre de la tienda y nota, por consiguiente, que le han conocido, regala a la parroquiana un caramelo y un cromó donde se anuncian las novedades recibidas en cartetes y estambres fantasía. Después saluda a la mamá, no sin advertirle que han llegado los botones de hueso por que había preguntado el día anterior.

—Mire usted, Ciriaco—le dice ella al oído,—mañana vamos a ir mi niña y yo a ver si tiene usted una puntillita barata para un *matiné* que queremos regalar a mi cuñada, y no nos conviene gastar mucho, porque ella es mujer muy ordinaria y apenas nos tratamos, sólo que tenemos la costumbre de hacerle un obsequio el día de su santo.

—Vayan ustedes con toda confianza.

—¡Ay! Temo abusar, porque ya le debemos a usted el entre-dós y los ovillos, pero usted nos inspira mucha confianza y máximo desde que sabemos que es usted de Torrecilla de Cameros, donde me he criado yo, como quien dice. ¿Que embutidos más sabrosos hay allí!

El joven se siente halagado con estos elogios, y como, aparte de esto, aquel es un día de jubilo y él ha salido con el propósito de divertirse, olvida sus deberes de dependiente celoso para decir a la mamá:

—Ya sabe usted que la tienda y todo lo que yo poseo está a la disposición de ustedes. Y ahora me voy, porque tengo que embromar a otra parroquiana, que no se si habrá venido, porque ayer se quejaba de un costado.... Vaya, abur; ya sabe usted que hemos recibido los botones de hueso. A los pies de ustedes.

Ciriaco, fuera de sí, se dirige a todos los grupos de señoras para ver si da con la otra parroquiana; pero como no tiene costumbre de llevar careta, tropieza con todos los chiquillos que juegan al corro, y va por último a chocar con una mesa ante la cual toman agua y azucarillo un matrimonio con dos hijas y el novio de una de ellas.

El joven del comercio derriba los vasos y sigue su camino; pero el papá de las niñas, que es teniente coronel y vive en continua excitación nerviosa porque le quitaron el mando de cazadores de Baza para llevarlo a Barbastro, se levanta furioso y coge al del comiró por la capucha, poniéndole de bruto que no hay por donde cogerle.

—¡Suelta usted!—dice Ciriaco.

—¡No me da la gana!—grita el teniente coronel, y le da dos bastonazos en la nuca. Acuden los guardias, gritan las señoras, reñense los chiquillos, silba el público, y Ciriaco es conducido a la prevención, donde declara que nació en Torrecilla, que es dependiente de *El Agrerán Misterioso* y que conoce mucho a D. Práxedes, como hijo de la provincia de Logroño y como parroquiano de la tienda.

Con lo cual sueltan a Ciriaco, y termina la función en medio del regocijo de los circunstantes y de su afectísimo seguro servidor,

LUIS TABOADA.

MEDALLAS MADRILEÑAS

EL ORGANILLO DE ANTAÑO Y EL DE OGAÑO

ANVERSO

Debajo de mis balcones
parábase el saboyano;
ella, la música oyendo,
danzaba al sonido mágico,
y yo de gozo temblaba
como la hoja en el árbol.

Debajo de mis balcones
hoy te paró el saboyano;
levantar le vi los ojos
una, dos, tres veces, cuatro....
y una, dos, tres, cuatro veces
sin esperanza bajarlos!

No mires a mis balcones.
¿Por qué miras, saboyano,
si ya no ha de salir ella
a este balcón solitario
para echarte la limosna
benedicida por su labio?

No mires a estos balcones,
y si vuelves saboyano,
la voz del órgano apaga
y pase, por Dios, callando,
pues yo no sé lo que tiene
¡ay! que no puedo enseñarlo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

REVERSO

Debajo de mis balcones
venía el organillero;
y ella, al oír aquel ruido
machacón, duro y molesto,
me arañaba y me mordía,
presa de furioso acceso.

Debajo de mis balcones
hoy vino el organillero;
tocó el tango del betún
del saínete ¡Oye, moreno!
y otra vez, y otra, y cien veces
lo tocó implacable y fiero.

No mires a mis balcones,
que ese pícaro instrumento
instrumento es de un delito;
con él a mi amada has muerto,
y si aquí por perros vienes....
yo te soltaré los perros.

No mires a estos balcones,
que voy a tirarte un tiesto;
pasa de largo, por Dios;
deja ese menubrio quieto;
¡ya fuiste bastante cruel!
¡ten lástima de mis nervios!

MARIANO DE CAVIA.

LOS VIERNES DE LAS DE RUIZ

NOTABILIDADES

Las de Ruiz me hacen falta con sus célebres veladas. ¡Vaya unas *receptaciones* que organizan las de Ruiz! Allí he visto imitadores, tipos sueltos, concertistas, poetas, ilusionistas y prestidigitadores. En fin, en aquel hogar lucen sus habilidades varias notabilidades que yo os voy á presentar.

I
De los bélicos, Julio Méndez es famoso imitador, y eso que es todo un señor oficial mayor de Hacienda! De la historia natural imita á toda la grey; ¡sobre todo, haciendo el buey no reconoce rival! Apretándose el costado y estirando mucho el cuello, solloza como un ramello cuando está desesperado. Y ha conseguido alcanzar, en no sé qué Exposición, una condecoración solamente por ladrar. Si reliacha, no hay corcel que le escuche y no le entienda. ¡No hay en el ramo de Hacienda quien relinche como él! Hace el oso, pero es cosa á la que siempre ha temido, pues se lo tiene prohibido su mujer, que es muy celosa, aunque permitiéndolo está, sin ver en ello desdoro, que su marido haga el toro adonde quiera que va. Canta igual que un pitirrojo, y estando en voz, hasta imita cómo el galápago grita cuando le pisan un ojo. Mas no es esto lo mejor, no sólo imita al caballo

y á la chicharra y al gallo y al cerdo y alruiseñor. Lo más difícil arrostra, todo á imitarlo se atreve, el gorjeo del perchebe, el aullido de la ostra, el llanto del puerco-espín, el suspiro del chacal, el estornudo especial del besugo..... ¡todo, en fin! ¡Cuántas veces se olvidó de que era persona humana! Ha poco murió su hermana y, en vez de llorar, graznó. Pues dicen, el bueno de Julio, que en esto llegó á la meta, no es más que un niño de teta al lado de otro tertulio, nacido en Villaviciosa y llamado Juan Morales, que imita á los vegetales de una manera psumosa. Tan sólo con su metal de voz, en un dos por tres os hace ver un ciprés de tamaño natural. Maravillas verdaderas ofrece su extraño dom: verle imitar al melón es ver un melón de veras. En fin, después del repollo, remedó ayer á la seta, y luego á la cebolleta cuando está en su desarrollo, haciéndolo ver, además, cien plantas de baja estofa. ¡Si hasta imita á la alcachofa con el vientre nada más.....
Aún más podría decir de estos dos imitadores y de otros varios señores que allí se suelen lucir; mas noto que os doy mal rato, y esto mi pluma detiene. Conque... el sábado que viene continuaré mi relato.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

UN POEMA DE ANSORENA Y UNA CARTA DE CAMPOAMOR

II

Y sigue Campoamor diciendo en la carta que sirve de prólogo al poema del Sr. Ansorena: «No diga usted á nadie que yo le animo en su carrera y que le auguro un brillante porvenir, pues, aunque no comprendo la razón, basta que alguno escriba de acuerdo con mis principios literarios para que muchos críticos le quieran condenar al suplicio de la crucifixión moral del silencio y del olvido. Así, pues, guardando el secreto de nuestras relaciones artísticas, siga usted por ese camino, y pronto nos hará olvidar á muchos de los escritores viejos, en lo cual tendrá una satisfacción su amigo y compañero—Campoamor.»
Y no dice más la carta. Pero dice bastante. Vamos por partes. Vuelvan ustedes á leer lo copiado, fíjense bien y vean cómo, según tengo dicho mil veces, Campoamor escribe—como habla,—muchas veces, para que no le hagan caso. ¡El *humorismo del carácter*, el humorismo en acción!
De seguro el Sr. Ansorena no publicó esa carta sin permiso de D. Ramón, y en una carta que es para que el público se entere, D. Ramón le dice á su corresponsal que *no diga á nadie que él le anima*, y que guarde el secreto. Todo, humorismo puro. Pero este humorismo representado tiene sus inconvenientes, como toda incoherencia que se lleva al terreno de la lógica y al de la acción.
Mas sepongamos por un momento que el Sr. Ansorena fué indiscreto y publicó lo que el Sr. Campoamor quería tener oculto..... Estamos lo mismo de todas suertes. Porque ¿cómo ha de guardarle Ansorena el maestro el secreto de sus relaciones artísticas? Sus relaciones artísticas consisten precisamente en escribir el discípulo de acuerdo con los principios literarios del maestro, y esto tiene que conocerse, ó no hay tal acuerdo. De modo que si se guarda el secreto no hay relaciones artísticas, y si hay relaciones artísticas no hay secreto. No hay humorismo que valga contra la lógica. ¿En qué pueden consistir las relaciones artísticas entre un maestro y un discípulo sino en lo que tenga el uno del otro en sus obras? ¿Ni á qué otras relaciones artísticas se refiere Campoamor sino á las que consisten en seguir Ansorena, al escribir sus obras, los principios literarios del mismo Campoamor? Y siendo así, como es evidente, ¿de qué modo se ha de com-

poner el discípulo para imitar y seguir al maestro y guardar el secreto de estas relaciones?

No cabe duda que cuando D. Ramón escribe estas contradicciones, escribe para que no le hagan caso. Después viene aquello de «pronto nos hará olvidar á muchos de los escritores viejos, en lo cual tendrá una satisfacción su amigo, etc.»

Aquí hay una anfibología de las verdaderas de las que no cabe dejar al buen juicio del lector. No se sabe si Campoamor va á ser de los que olviden á los escritores viejos, ó de los escritores viejos que van á ser olvidados; el sentido gramatical parece inclinarse á la primera interpretación, pero entonces aparece Campoamor deseando olvidar á los poetas de su tiempo..... y esto no es justo. Lo probable es que D. Ramón hable de sí mismo como poeta viejo.....

Pero aquí volvemos á lo de la sinceridad. ¿Desea Campoamor efectivamente que se le olvide? ¿Desea que eclipse su nombre el Sr. Ansorena y cree va á eclipsarlo? ¿Qué ha de desear? ¿Qué ha de querer? Pero entonces, ¿para qué le dice? Si la sinceridad es siempre necesaria, mucho más lo es en carta que en tan gran maestro escribe á un poeta joven, formal, simpático, noble, que no merece que le engañen y que se le escriban epístolas que parecen versos de abanico, circulares para damas importantes.

Este Campoamor es el mismo que hace poco, dirigiéndose al que suscribe, decía que poco le importaba por sí propio que se borrara de los poetas, pues él, como todos sabíamos, era principalmente agricultor.

Esta salina estaba muy en su lugar, era evidentemente humorística y tenía mucha gracia. Pero en la carta de antes no hay nada de eso. Aunque llena de contradicciones, desaliada y con *ovisferias* evidentes, parece escrita para que se tome en serio algo de ella; esto por lo menos: que le pone de un *humorismo* de todos los diablos á D. Ramón ver que la crítica no hace caso de los epígonos de su escuela.

Pues bien, Sr. Campoamor, ¿cómo se le ha de decir? Usted no tiene discípulos. Los que le imitan no son poetas. El Sr. Ansorena, que muestra felices disposiciones, se está echando á perder desde luego..... ¡justamente por eso, por imitarle!

Para un poeta verdadero y joven no pueden ser moldes á propósito los que usted le impone con su poética tan chistosa como llena de caprichos.—La ambición digna de un verdadero hijo de las Musas no puede contentarse con imitar la forma sabia, de estudiada sencillez, de amañerada vulgaridad en algunos giros y en ciertos tópicos de la construcción, que tanto se repiten que en usted mismo llegan á fatigar; ni menos puede contentarse con el personaje alegórico, frío, semi-metafísico que usted inventa para darle un calor que no es más que un reflejo del *lirismo* campoamorino, incommunicable. Para ver lo que es un imitador de Campoamor no hay más que tomar, por ejemplo, al mejor de todos sus imitadores, á saber, al mismo Campoamor cuando no está inspirado y no cuenta más que con el *savoir faire* y el *mo'le*. Entonces tenemos al autor de muchas de las *humoradas* (otras hay muy buenas), de algunas pocas, de las dolosas más recientes (hay una detestable) y de grandes partes de algunos de los más nuevos pequeños poemas.

Con motivo de estas obras, muchos envidiosos han hablado de decadencia. Absurdo. Campoamor no decía. Su invierno es florido. Yo espero que Dios nos le guarde, como á Victor Hugo, hasta pasar de los ochenta, y siempre produciendo. Pero si no decía, no cabe duda que el sopor le invade más veces. Al fin invierno. Y él, siempre dócil, para complacer á los amigos, suelta hojas de papel á todos los vientos. Las *humoradas* son las que más le perjudican. Han llegado á ser una especie de *diabetes* poética. Tienen jugo sacarina, sin duda, pero mezclado con tantas cosas! Y además, se llevan á dashora y por mal camino el meollo del autor.

Pues ahora bien, los imitadores de Campoamor, los de estos días, los que también se han dado á escribir *humoradas*, ya sueltas, ya incorporándolas, en estilo sentencioso, á sus poemas, estos infelices..... vienen á ser unos *diabéticos*..... sin azúcar.

Y sin perjuicio de escribir pronto, en otra parte más á propósito, mucho y muy pensado acerca de las últimas obras de Campoamor y su deseo de tener escuela, dejo por hoy al insigne y siempre admirado y queridísimo maestro, y me dirijo al Sr. Ansorena. El mal, y ésta será la última flor que le eche, es digno de tomar por otro camino y no escribir como lo que vamos á ver otro día.

CLARIN.

EPITALAMIO

«Quintillas que le remita á mi amigo Alfonso Alfaro, en su enlace íntimo y feliz con Esperanza Benito.»

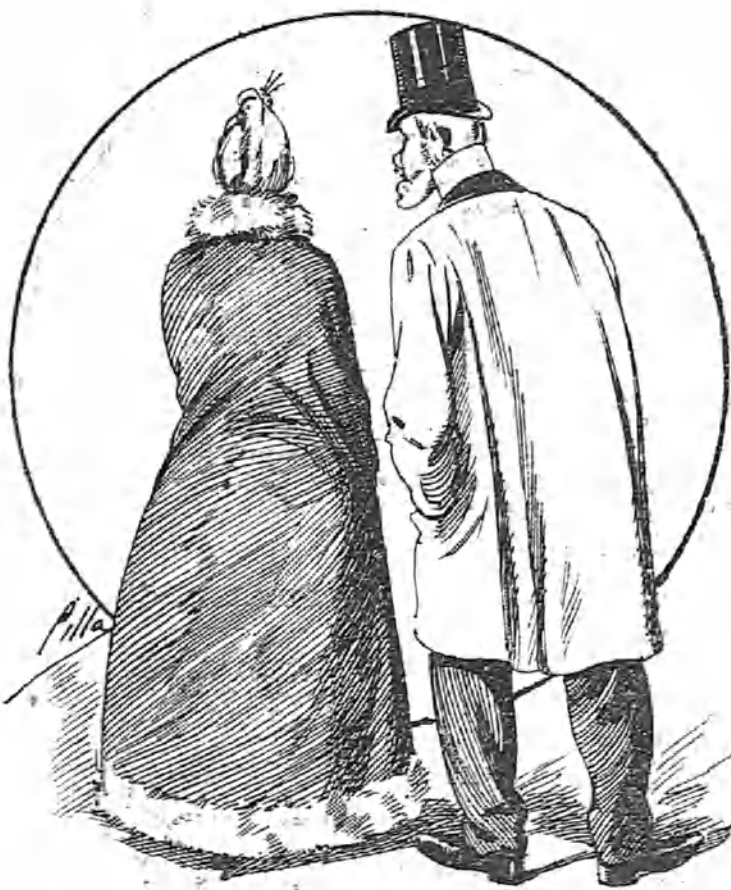
Tu tarjeta recibí y por ella supe aquí que huño en tu estado mudanza. ¿Casado con Esperanza?... ¡Todos se casan así! Que un hombre se case, pase; ¡pero un hombre de *tu clase*!... ¡Ahí es una bagatela que la *esperanza* se case con un maestro de escuela! Discípulo te santó afán. Díos os haga bien casados!... Pero advierte, petillán, que los maestros están todos *desesperados*.

Sé que eres una excepción, sé que de tu ilustración entran pocos en la tanda, y sé que estás en Arganda por una equívocación. Sé que vas con el progreso y que sabes discursar y que tienes labia y seso; mas, sin embargo, confieso que me asusta el porvenir. Si el marido te desvela crecerá tu parentela; harás de tínicos acopio, y de más guerra una propia que *éste* volver de la escuela.

ACTUALIDADES



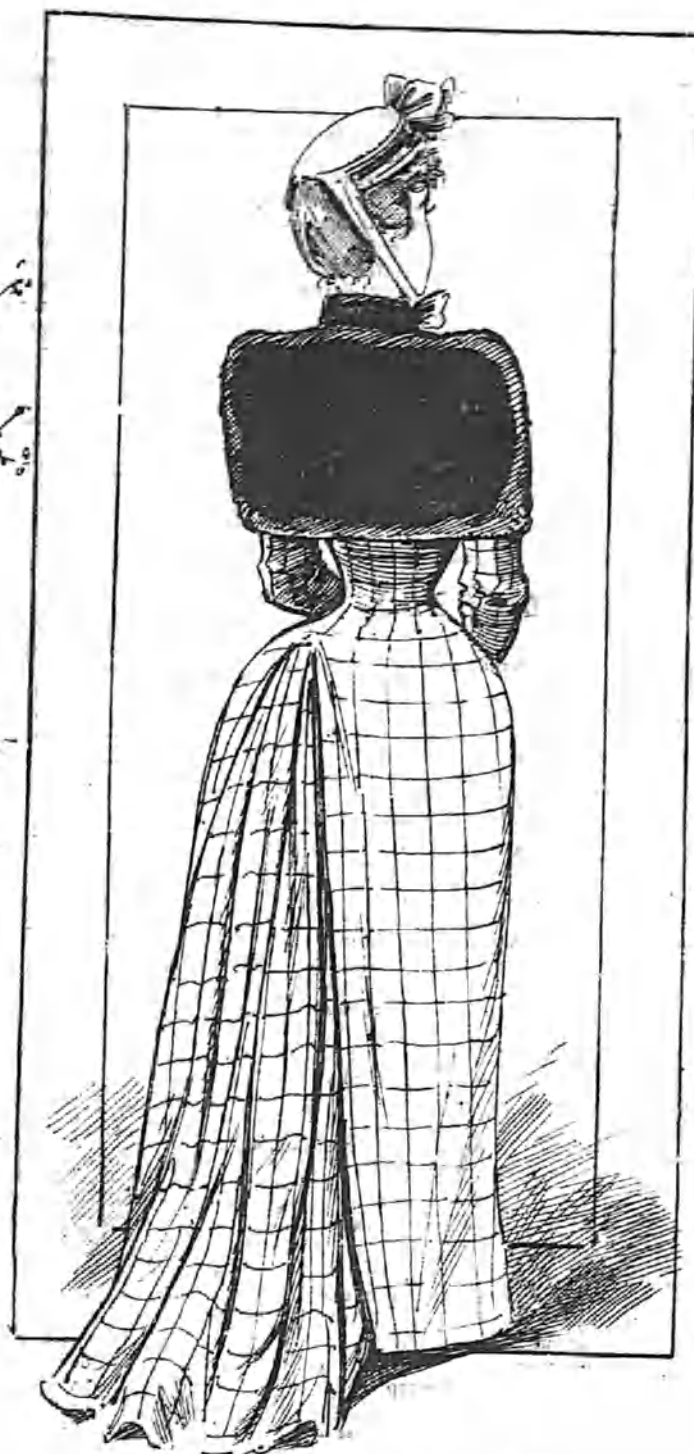
—Yo soy poeta, soñador, profundo.....
pero me gusta hacer calaveradas.
He pasado cien noches con las hadas;
conque una noche más, ¿qué importa al mundo?



—Nada, yo estoy decidido
á subir contigo, Lola,
porque si te ve entrar sola,
te va á reñir tu marido.



—Dispense que no haya ido
á dar á usted una broma
á espaldas de su marido;
¡pero como estoy metido
hasta el cuello en la alta goma!



De los que la conocen
nadie adivina
quién la habrá regalado
la pelerina.



—¿Qué es eso? ¿No bailas? ¿Tienes alguna
pena interior?
—¡Y tan interior! ¡Como que los langosti-
nos se me han puesto de pie en el estómago!

Esclavo de tu deber
y sin premio á tu valía,
¡de Esperanza que va á ser!
¡Te comes á tu mujer,
de seguro, el mejor día!
Y que tengo por cabal
y por cosa ya sentida
que no debe saber mal
esa sabrosa comida
de esperanzas al natural.

[No quedaría ni los huesos!...
Mas tú, que á tu esposa adoras,
no has de hacer tales excesos,
pues, de seguro, á estas horas
te la habrás comido... á besos.
Borra cuanto ha declarado
y conste que gozo al verte
dichoso y enamorado;
con la Esperanza á tu lado,
¡quién no ha de envidiar tu suerte!

Ella es tu mejor tutela;
con tanto exquisito y diestro
veras cómo te consuela.
Teniendo tan buen maestro,
¡no ha de tener buena escuela!

Te Esperanza es seductora,
y al lado de tu señora
verás si el tiempo se pasa.
Seguro estoy de que ahora
no te aburrirás en casa.
Ni es la esclavitud tan dura,
ni el dogal es tan cruel;
mi experiencia te asegura
que tras la luna de miel
hace el sol de la ventura.
Dile á tu mujer que yo
la saludo... y se acabó.
Si algo se te ofrece, manda
á este amigo que vivió
contigo, cual tú, en Arganda.

JOSÉ JACKSON KEVAN.

EL GORDO

Siempre estaba soñando con «el gordo»,
mi amigo Juan José,
porque era un jugador de lotería
de los más *enragés*.

Un décimo compraba en cada calle
y alguno en el café;
gastaba su capital en lotería
y no ganaba un *rei*.

—¡Anoche—me decía—tuve un sueño!...
En cuanto me acosté,
me dormí y me soñé... tenía en casa

el gordo y otros tres.
—¿Era Antonio Carmona con su gente?
—Hombre, cálese usted:
el premio gordo.

—¿El gordo nada menos?
—Cobrando desperté.
—¡Desengaño terrible!

—El gordo estaba
pegado á la pared.
—¿Cómo es eso?

—Que al dar la vuelta el bombo
me dejó de caer.

—Siempre detrás: en misa, en el teatro,
donde voy, allí está.
—¿Quién?

—El gordo, mujer, un adofesio,
que no me deja en paz.

Con ese cuerpo que parece un saco
y ese modo de andar
y ese morrillo, que parece el cuerpo
de un hombre natural.

Ya le he dicho que «no» que me molesta.
El habló con mamá,
y dice que quisiera ser mi esposo.

Ya ves qué atrocidad.
Yo, que soy tan delgada y de estatura
bastante regular,

por más que no me esté bien el decirlo...
—¿Por qué ha de estarte mal?
—Yo casarme con él! ¡Yo darle el brazo,
yo darle... ¡ca! ¡jamás!

Anteanoche soñé que le veía
junto á mí... ¡Voto va!...
Desperté acongojada y conmovida.

—¡Qué feliz despertar!

*Esto, caro lector, dice muy claro
que hay diferentes modos de pensar;
y, además, que los gordos no consiguen
tener aceptación universal.*

EDUARDO DE PALACIO.

CURARSE EN SALUD

¡Lo que adelanta la medicina!
Pues ¡y la higiene!

¡Oh!
Estas dos importantes ramas de la humana sabiduría serán el tema del
presente artículo.

Tema saludable é interesante como pocos.
Pero hay que proceder por orden.
Cuando vamos con la higiene, la emprenderé con la medicina.

La higiene es la base de la salud, y por eso tiene derecho de prioridad.
Ante todo, fijémonos en los consejos *higiénicos* que lanzan á la publi-
cación los periódicos profesionales.

No tienen desperdicio. (Ni los periódicos ni los consejos.)
Dicen, por ejemplo:

• Cuando está baja la temperatura (cuando hace mucho frío) hay necesi-
dad de abrigarse bien interior y exteriormente; cuidar de que los alimen-
tos sean sanos, nutritivos y abundantes (es decir, comer bien y comer
mucho); que las habitaciones sean confortables, empleando en la calefaca-
ción de las mismas unos aparatos nuevos (que cuestan un sentido), con los
cuales el calor se desarrolla por medio del agua, evitándose así el tufo de
braseros y chimeneas; pasear en el centro del día; á fin de que el ejercicio
promueva la circulación de la sangre y facilite y ayude la digestión; fumar
por la calle (¡y el que no tiene ese vicio!), al objeto de que el humo del
cigarro neutralice la frialdad del aire... etc., etc.

No les ha faltado á esos consejeros *irresponsables* más que decir:

• Cuando el transeunte vea venir una pulmonía mal intencionada, ce-
rrará la boca inmediatamente, para que aquélla pase de largo y se encuen-
tre burlada en sus deseos.

Esos profundos y salvadores consejos, relativos á comer bien, vestir
bien, calentarse bien y pasear bien, son de indudable utilidad para el ar-
tesano que gana dos pesetas y tiene tres hijos, para el empleado de seis
mil reales que tiene cinco botas en su casa... y, por no cansar con una
enumeración prolija, para la inmensa mayoría de la sociedad, que vive
como Dios quiere, ó que, hablando con propiedad, vive de milagro.

Esos no debieran llamarse consejos higiénicos, sino, simplemente, con-
sejos á las gentes ricas que, además de poder comer y vestir como quie-
ran, tienen todo el tiempo que se les antoje para pasear.

¡Como que hay muchos que no hacen otra cosa!

Verdad es que tampoco sirven para más.

Esas *sanguanadas* de los higienistas traen á la memoria el sabido cuen-
tecillo de aquel caballero que no comía más que patatas fritas y huevos
cocidos, y que, sin embargo, estaba siempre molestando á su criada (que
estaba para *todo*) con la lectura asidua de un magnífico manual de cocina.

La criada, como es de suponer, estaba de su amo hasta la punta del
pelo.

En una de las lecciones leía mi hombre lo siguiente, no sin decir antes
á la muchacha que se fijase bien:

—Tomarás un pollo y....

Á lo cual replicó la *pobre ch'ca*, dando una manotada al libro:

—Señor, *tanmientras* no me traiga *usted* el pollo, será inútil cuanto
diga al *respetico* de ese animal.

Señores consejeros higiénicos... ó higienistas:

Empiecen ustedes por *señalarmos* (á cada uno) diez mil duros de ren-
ta... y después veremos si hemos de seguir sus consejos.

Si esto no es posible, á ver si se les ocurre á ustedes algún consejo *sa-
ludable* que sirva para la generalidad, y que lo mismo el rico que el pobre
puedan ponerlo en práctica... y además que sea útil y provechoso.

Lo demás... es decir, lo que hacen ustedes, es tocar el violón á toda
orquesta.

Es cuanto tenía que decir sobre la higiene... y paso á la medicina.

Un solo punto habré de tratar, y es bastante á mi propósito.

Me voy á referir al nuevo procedimiento de curar muchas enfermeda-
des (sobre todo la pulmonía) empleando el alcohol como agente principal-
simo.

Ese procedimiento es una gran cosa.

Además del beneficio inapreciable que representa en pro de la humani-
dad doliente, con la ventaja positiva de curarse ahora más enfermos que
antes, de determinadas afecciones, el *invento científico* ha venido á digni-
ficar un vicio repugnante.

Los borrachos están de enhorabuena.

La *pitima* no sólo tiene hoy disculpa plausible, sino que ejerce saluda-
ble *influencia*... digo... influencia en las costumbres públicas.

Y es también una honrosa reivindicación.

¡Cuántos han sido calumniados por el solo hecho de haberse adelanta-
do á su época!

Toda doctrina tiene sus mártires.

En virtud del famoso descubrimiento, los que ayer se llamaban borra-
chos, hoy deben llamarse *previsores*.

Hoy puede haber quien diga, con perfecta razón y justo derecho, al ha-
lancearse *muellemente* de acera á acera, que se *sacrifica* en pro de la pro-
pia salud y en odio á las pulmonías y otras enfermedades que han estado
de moda.

El *Jerez*, el *Cognac* y hasta el *Pum* han dejado de ser los *materiales* de
un vicio, para convertirse en las más salvadoras medicinas.

Los cosecheros deben aspirar á la cruz de Beneficencia, y los taberne-
ros deben ser nombrados *apóstoles*, de real orden.

Verdad es que días atrás, á pesar del descubrimiento, aumentaba la mor-
talidad, pero eso debía ser, quizá, por estar aún el remedio poco extendido.

Los que antes de venir á visitarnos el *dengue* practicaban ese remedio
por instinto, eran los que realmente estaban y siguen estando de enhora-
buena.

Los refractarios solían decir en lo más recio de la epidemia:

—¡Qué tragos tan amargos nos hacen pasar!

Pero es posible que, adquirida la costumbre, aun habiendo desapareci-
do el peligro, sigan á estas fechas *medicinándose*... ¡por si acaso!

De la eficacia del medicamento podrán dudar algunos.

De su resultado moral, nadie.

Antes, cuando se veía á alguno haciendo *eres* por las calles, se decía:

—Ese va borracho.

Hoy se dice, sencillamente y hasta con cierto respeto:

—Ese... va curándose en salud.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

LA CURIOSIDAD

I
—¿Qué es un beso?—decía
un tiempo Encarnación á su adorado,
cuando la pobre Encarnación creía
qué en aquella pregunta iba un pecado.
Después, como el amor es una ciencia
en la cual, para ser algo ilustrado,
vale más que el discurso la experiencia,
Encarnación, amando con exceso,
adquirió por sí misma la evidencia
de que no hay nada más trivial que un beso.

II
En fin, de un ansia interminable esclava,
pareciéndole aquello una tontuna,
—¿Pero no hay algo más?—se preguntaba.
Y puesta en los amores su fortuna,
con noble abnegación y fe sincera
iba rasgando del pudor el velo,
creyendo Encarnación que el amor era
el escalón para llegar al cielo!
Y gustaba un placer, y con sigilo,
—¿Pero no hay algo más?—se repetía,
y el corazón, latíndole intranquilo,
—¡Hay algo más, y mucho más!—decía.

III
Muertos los sueños de color de rosa,
hoy llora Encarnación desesperada....
—¿Pero no hay algo más?—repite ansiosa.
Y una voz implacable y misteriosa
viene á su oído á responder:—¡No hay nada!

IV
Ésta es la eterna historia:
—Si el amor no es la gloria, ¿qué es la gloria?

RICARDO J. CATARINEU.



Nuestro estimado colega *La España Humorística* nos ha honrado publicando la semana pasada un número dedicado al MADRID COMICO, con las caricaturas de sus redactores y artículos y poesías imitando el estilo de cada uno.

No hay que decir que agradecemos vivamente el recuerdo y guardaremos el de esta prueba de amistad en nuestros sensibles corazones.

¡Dios proteja á *La España Humorística* y la colme de suscripciones y de bienandanzas!

¡Oh fuente, que dilatas
tu raudal por el valle y lo hermosos,
y el espacio y los árboles retratas!
¡Lástima que no seas
una fuente de carne con patatas!

LUIS R. CABRERO.

Un párrafo del discurso de la Reina Victoria, en la apertura del Parlamento inglés:

«El Gobierno portugués hace lo posible para mantener las relaciones amistosas que hasta ahora han existido entre ambos países. Inglaterra continuará favoreciendo estos esfuerzos.»

A lo que debía contestar Portugal:

—¡Por Dios! No me favorezca usted tanto! ¡Que me voy á quedar sin ropa interior!

Libros:

Desapitada, novela de F. du Boisgobey, traducida al castellano por Olegario Slipembak y publicada con lujo por *La España Editorial*. Precio: tres pesetas.

Mostiño inglés, colección de epigramas de D. Angel Alfaro, que justifican el título, porque pican que ralitan. Precio: una peseta.

Anuario artístico literario para 1890, por D. Fernando Sevilla. Contiene datos del movimiento intelectual de 1889, libros publicados, obras estre-

nadas, necrologías de personas importantes, efemérides literarias, etc., etc. Precio, 1 peseta.

Lección del derecho en sus relaciones con la vida social, por Giuseppe Carlo, versión castellana de D. H. Giner de los Ríos y D. Germán Flórez Llamas. Libro cuya importancia no es necesario escarecer, lujosamente editado por la empresa *El Progreso Editorial*.

Se ha puesto á la venta el tomo VI de la Biblioteca de *Don Quijote*, que se compone del poema *Tres noches*, una composición titulada *Madrid* y dos sonetos del joven poeta, nuestro querido amigo y colaborador, D. Ricardo J. Catarineu. Los pedidos á la redacción del antedicho periódico.

Apuntes sobre las reformas judiciales, por D. Mariano de Linares Díez y D. Pedro J. Carriá de los Ríos, abogados del ilustre Colegio de Burgos. Un folleto de 40 páginas.

En nombre de nuestro Director, á quien aflige una irreparable desgracia de familia, comunicamos la expresión de su sincero agradecimiento á los colegas de Madrid y provincias y los amigos particulares que le han dedicado cariñosas frases de consuelo en tan dolorosas circunstancias.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Elisito.—¡Sí, señor, odiamos á los ingleses de Gibraltar y hagámosles versos malos, á ver si revientan!

Sr. D. P. L.—Veracruz.—Hombre, eso no es periódico, es cosa de chicos pequeños.

Sr. D. E. C.—Vigo.—Mire usted, *altiva* y *gemido*, *fama* y *romana* no son consonantes. Mi opinión es que no haga usted el soneto que prepara contra Calígula, porque es lo único que le falta á Calígula....

Sr. D. A. R.—Puerto.—¡Huele, y no á ámbar!

Un marino.—¡Díe usted que me manda *escritos de chiste escritos en verso*? Vaya, pues voy á publicar un epigrama de esos. Ahí va:

«Reprendiendo un capitán
á un quinto en el ejercicio
le dijo: Granuja sin juicio
te voy á quitar el pan.
Lo que el quinto aturdió
al capitán le respondió:
Usted no sabe que yo
en su casa estaba bien se. vido.»

Y ahora que se ría el lucero del alba.

Aicelo.—¡Santa Virgen María,
cuánta cursilería!

Sr. D. A. V.—Madrid.—Poquita gracia tienen esos cantares, la verdad sea dicha.

Sr. D. M. G. V.—Madrid.—Cosa que le pasa también al *sucelido* ese.

Cid.—Adolece el romance de una vulgaridad sin límites.

Sr. D. C. D. R.—Madrid.—No sólo porque el asunto es añejo, como usted dice, sino porque es mediana *en sí*, no puede publicarse.

Sr. D. M. H.—Madrid.—La versificación está plagada de defectos. Puede decirse que ni un solo verso tiene la acentuación que debe.

Orfeo.—¡Lástima que la fabulita no sea más correcta de forma!

Tropexones.—Yo creo que es un poco endeble.

Sr. D. F. C.—Cádiz.—No tienen más que un defecto cada una. Que son malas las tres.

Sr. D. T. P.—Alicante.—No haga usted más versos en su vida. Y me agradecerá usted el consejo á la hora de la muerte.

K. K. Ut.—Y que no es machacón el hombre! Verdad es que las bromas pesadas ó no darlas.

Chichito.—¡Ay, Chichito, Chichito, Chichito!
¡qué soneto tan malito!

Sr. D. J. R.—Madrid.—Calle usted, por Dios, que da ganas de llorar eso.

Uno que empieza.—Y que empieza mal, que es lo más sensible.

Sr. D. E. de la R.—Madrid.—Salió la del primero; la del segundo todavía no. Está sumamente atareado y no le es posible.

Sr. D. F. B.—Madrid.—Siento que se haya usted molestado en remitir copia, porque no es publicable.

Sr. D. J. P.—Madrid.—Los versos dedicados á la novia deben ser dirigidos á la novia directamente.... y manuscritos.

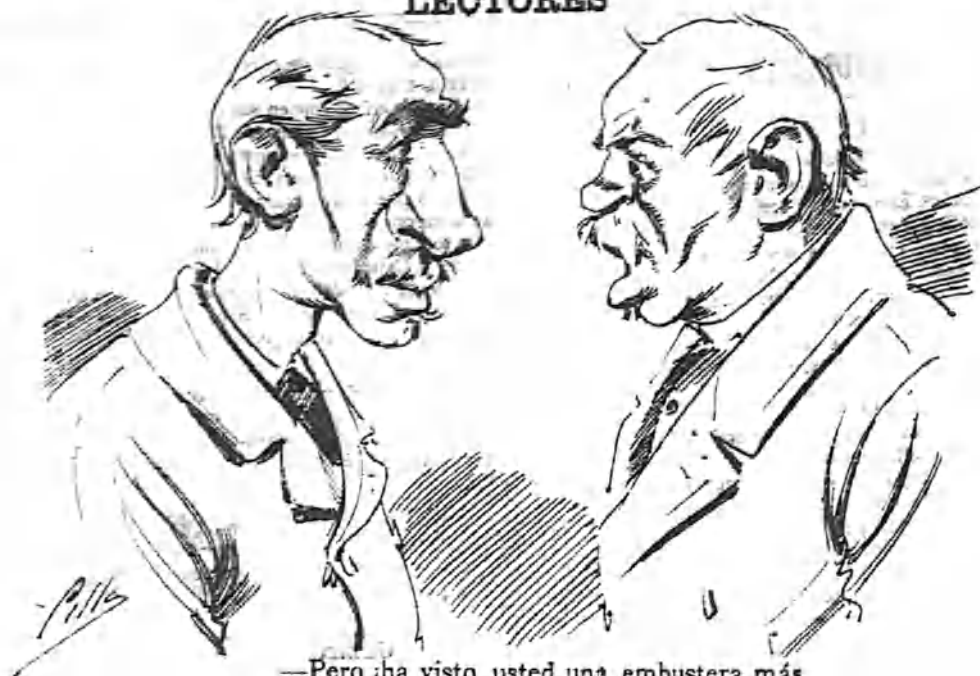
Apelo.—Con permiso de usted copiaré la primera:

IMITACIÓN DE ESPRONCEDA
(*Olcina*)

«Quisiera ver el Sol
del cielo desprenderse
que sobre la tierra cayese
convirtiéndola en carbón
y oír los histéricos ayes
de todos los seres vivientes
que juntando las manos dolientes
piedad pidiesen á Dios.»

Verdaderamente, la cosa es para desesperarse.

LECTORES



—Pero ¿ha visto usted una embustera más grande que Gabriela Bompard?

—¡Qué! ¿Ha dicho algo nuevo? Anoche no pude leer los partes, que me dió mucha guerra la charada.

Est. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 26.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TES

37 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.